

UN LECTOR EN EL BOSQUE DEL ESPEJO



—¿Quisieras decirme, por favor, qué camino
debo tomar para salir de aquí?
—Eso depende mucho de adónde quieras llegar
—dijo el Gato.

Alicia en el país de las maravillas,
CAPÍTULO VI

¡Ah, la innata casuística del hombre!
¡Cambiar las cosas cambiándoles el nombre!
Karl Marx, citado por Friedrich Engels en
Los orígenes de la familia.

Cuando yo tenía ocho o nueve años, en una casa que ya no existe, alguien me regaló un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas y A través del espejo*. Como tantos otros lectores, siempre he sentido que la edición en que leí un libro por primera vez es para siempre la edición primordial. La mía, doy gracias a las estrellas, llevaba las ilustraciones de John Tenniel y estaba impresa en un grueso papel color crema que olía misteriosamente a madera quemada.

Hubo muchas cosas que no entendí en mi primera lectura de *Alicia*; pero al parecer no importó. A una edad muy temprana aprendí que, salvo si uno está leyendo con otro fin que el placer (como a todos nos toca de vez en cuando como castigo por nuestros pecados), puede pasar sin riesgo por encima de peligrosos cenagales, abrirse camino por entre selvas enmarañadas, saltar las planicies solemnes y aburridas y simplemente dejarse arrastrar por la vigorosa corriente del relato. Alicia, que no entendía la utilidad

de un libro “sin dibujos ni conversaciones”, sin duda me daría la razón.

Hasta donde puedo recordar, la primera impresión que tuve de esas aventuras fue de un viaje físico en el cual yo mismo acompañaba a la pobre Alicia. Caer por el agujero del conejo o trasponer el espejo eran meros puntos de partida tan triviales y maravillosos como subir a un tranvía. ¡Pero qué viaje! A los ocho o nueve años mi incredulidad, más que suspenderse, estaba aún por nacer, y a veces la ficción me parecía más real que los hechos cotidianos. No es que pensara que un lugar como el país de las maravillas existía de verdad, pero lo consideraba de la misma materia que mi casa, mi calle y los ladrillos rojos de que estaba hecha mi escuela.

Los libros se vuelven diferentes cada vez que los leemos. La primera *Alicia* de la infancia fue un viaje, como la *Odisea* o *Pinocho*, pero siempre he tenido la sensación de que era mejor Alicia que Ulises o el muñeco de madera. Luego vino la *Alicia* de la adolescencia, y yo sabía exactamente con qué tendría que ver selas la pobre chica cuando la Liebre de Marzo le ofreciera vino sin que hubiera vino en la mesa, o cuando la Oruga le pidiera que dijese exactamente *quién* era y *qué* entendía por eso. La advertencia de Tarará y Tararí acerca de que Alicia no era sino un sueño del Rey Rojo, hostigaba mi sueño, y en las horas de vigilia me torturaban exámenes en los cuales la Reina Roja me hacía preguntas del tipo “¿cómo se dice *anda ya* en francés?” Después, ya con más de veinte años, encontré el juicio de la jota de corazones recogido en la *Antología del humor negro* de André Breton, y se me hizo evidente que Alicia era hermana de los surrealistas; tras una conversación con Severo Sarduy en París, me asombró descubrir que Humpty Dumpty le debía mucho a las doctrinas estructuralistas de *Change* y *Tel Quel*. Y más tarde, cuando me establecí en Canadá, ¿cómo habría podido no reconocer que el Rey Blanco (“pero yo pensaba en un plan/ para teñir mis patillas de verde/ y usar un gran abanico/ de modo tal que no pudieran

verse”) había encontrado empleo como uno de los numerosos burocratas que corretean por los pasillos de las oficinas públicas de mi país?

Durante todos estos años, la relectura de los libros de *Alicia* me ha provocado interpretaciones diferentes e interesantes de ellos, pero no podría decir que alguna se haya vuelto mía en un sentido profundo. Desde luego que las lecturas ajenas influyen en mi lectura personal, ofrecen nuevos puntos de vista o colorean ciertos pasajes, pero en su mayoría son como los comentarios del Mosquito, que incesante y fastidioso susurra al oído de Alicia: “Con eso podrías hacer un chiste”. Me niego; soy un lector celoso y no concederé a otros un *jus primae noctis* con los libros que leo. La íntima sensación de parentesco que hace muchos años despertó en mí la primera Alicia no se ha debilitado; cada vez que vuelvo a ella, los vínculos se fortalecen de manera muy íntima e inesperada. Sé partes enteras de memoria. Mis hijos (mi hija mayor se llama Alicia, claro) me piden que me calle cuando entono los dolientes sones de “La Morsa y el Carpintero”. Y prácticamente para cada experiencia nueva encuentro en sus páginas un eco premonitorio o nostálgico que una vez más me dice: “Esto es lo que te espera” o “Aquí ya has estado antes”.

Hay entre tantas una aventura que, más que describirme una experiencia particular que haya tenido o quizás tenga algún día, parece señalar algo más vago y más vasto, una experiencia o (si el término no es demasiado pomposo) una filosofía de vida. Ocurre al final del capítulo tres de *A través del espejo*. Después de haber atravesado su propio reflejo y avanzado por el país de ajedrez que se extiende detrás, Alicia llega a un bosque sombrío donde (le han dicho) las cosas no tienen nombre. “Bueno”, se dice valerosamente, “como sea, es muy reconfortante, después de haber pasado tanto calor, ponerse bajo el... bajo el... bajo el *¿qué?*” Atónita ante su incapacidad para pensar la palabra, Alicia trata de recordar. “Quiero decir ponerse bajo... ¡bajo esto, ya sabes!”, dice

apoyando la mano en el tronco de un árbol. "Me pregunto *cómo* se llama. De veras, creo que no tiene nombre... Caramba, seguro que no lo tiene." Intentando acordarse de la palabra que se usa para el lugar en donde está, habituada a poner su experiencia de lo real en palabras, de pronto Alicia descubre que en verdad nada tiene nombre: que mientras ella misma no pueda nombrarla, cada cosa permanecerá innominada, presente pero silenciosa, intangible como un fantasma. ¿Debe entonces recordar esos nombres olvidados? ¿O debe inventar otros nuevos? Su dilema tiene raíces muy antiguas.

Luego de crear a Adán "del polvo de la tierra" y colocarlo en un jardín al este del Paraíso (como nos cuenta el segundo capítulo del Libro de Génesis), Dios se dispuso a crear a las criaturas del campo y a las aves del aire, y después de crearlas las trajo ante Adán para ver qué nombre les daría éste, y el nombre que Adán les dio "fue su nombre de allí en adelante". Durante siglos, académicos han debatido este curioso intercambio. ¿Se hallaba Adán en un lugar (como el bosque del espejo) en el que las cosas carecían de nombre, y en consecuencia debía inventar nombres para las cosas y las criaturas que veía? ¿O las bestias y las aves creadas por Dios tenían ya nombres, nombres que Adán debía conocer y los cuales debía pronunciar como un niño viendo por primera vez un perro o la luna?

¿Y qué entendemos por "nombre"? La pregunta, o una forma de esta pregunta, se formula en *A través del espejo*. Pocos capítulos después de cruzar el bosque sin nombres, Alicia se topa con la doliente figura del Caballero Blanco, que al autoritario modo de los adultos le dice que le va a cantar una canción para "consolarla". "El nombre de la canción", dice el caballero, "se llama *Ojos de abadejo*".

—Ah, ése es el nombre de la canción, ¿cierto? —dijo Alicia procurando sentir interés.

—No, no entiendes —dijo el Caballero con cierto aire de irritación—. Así es como el nombre de la canción *se llama*. En realidad el nombre es "El señor muy muy viejo".

—¿Entonces tendría que haber preguntado "Así se llama la canción?" —se corrigió Alicia.

—No: ¡eso es una cosa muy diferente! La canción se llama *Vías y medios*. ¡Pero así es sólo como se llama, entérate!

—Vaya, ¿entonces cuál es la canción? —dijo Alicia, que a esas alturas estaba completamente perpleja.

—A eso iba —dijo el Caballero—. En realidad la canción es *Sentado en un umbral*, y la melodía es de mi propia invención.

Resulta ser que la melodía (como señala Alicia) *no es* de la propia invención del Caballero, y tampoco lo son las cuidadosas distinciones entre cómo se llama un nombre, el nombre mismo, cómo se llama la cosa que éste nombra y la cosa misma; estas distinciones son tan antiguas como los primeros comentaristas del Génesis. El mundo en el que Adán fue introducido era inocente respecto a éste; también era inocente de las palabras de Adán. Todo lo que Adán veía, todo lo que sentía, como todo lo que imaginaba o temía, debía hacerse presente (lo mismo, en definitiva, que a todos nosotros) mediante capas de nombres, nombres con los que el lenguaje intenta vestir la desnudez de la experiencia. No es por azar, entonces, que una vez que perdieron la inocencia, Adán y Eva se vieran obligados a llevar pieles "para que", dice el comentarista talmúdico, "pudieran saber quiénes eran a través de la forma que los envolvía". Las palabras, nombres de las cosas, dan forma a la experiencia.

La tarea de nombrar pertenece a cada lector. Otros, que no leen, deben dar nombres a sus experiencias lo mejor que pueden, construyendo fuentes verbales, por decirlo así, mediante la imaginación de sus propios libros. En nuestras sociedades "librocéntricas", la capacidad de leer señala el ingreso en las costumbres

de la tribu, con sus códigos y exigencias particulares, y nos permite compartir la fuente común de las palabras registradas; pero sería erróneo considerar la lectura como una actividad meramente receptiva. Al contrario: Mallarmé propuso que la tarea de cada lector era “purificar el sentido de las palabras de la tribu”. Con este fin los lectores deben hacer suyos los libros. En librerías infinitas, como ladrones en la noche, los lectores hurtan nombres, vastas creaciones maravillosas tan sencillas como Adán y tan descabelladas como Rumpelstiltskin. Los escritores nos dirán, como Proust, que los volúmenes de la biblioteca de Bergotte cuidan toda la noche a los artistas muertos, de dos en dos, como ángeles guardianes; pero es el lector de Proust quien, solo por la noche, en la habitación oscura, ve las alas que delatan la presencia de esos ángeles esbozadas en los haces de las luces pasajeras. John Bunyan describe a Christian huyendo de la casa y tapándose las orejas para no oír los ruegos de su mujer y de sus hijos; Homero nos muestra a Ulises, atado al mástil, intentando en vano desoír el llamado de las sirenas; el lector de Bunyan y de Homero nombra con esas palabras la sordera de nuestro contemporáneo, el amable Prufrock de Eliot. María Elena Walsh habla de París con “gabán de pizarra” y “peluca de nieve”, y es el lector quien viste en su imaginación la ciudad invernal con un significado recién adquirido.

Como saben todos los niños, el mundo de la experiencia (como el bosque de Alicia) es innombrado, y vagamos por él en un estado de perplejidad, la cabeza llena de balbuceos de intuición y conocimiento. Los libros que leemos nos ayudan a nombrar una piedra o un árbol, un momento de dicha o desesperación, el aliento de un ser amado o el silbo de tetera de un pájaro, arrojando un destello sobre un objeto, una emoción, un reconocimiento, y diciéndonos que recuerde el alma dormida, que somos polvo enamorado. A veces tales iluminaciones ayudan; el orden que adopten la experiencia y el acto de nombrar no importa mucho. Puede que la experiencia ocurra primero y que muchos años después el lector

encuentre el nombre para describirla en las páginas de *El rey Lear*. Puede que ocurra al final, y que un parpadeo de la memoria nos devuelva una página de un maltrecho ejemplar de *La isla del tesoro* que creímos olvidada. Hay nombres inventados por escritores que el lector se niega a usar, porque le parecen desatinados, o manidos, o hasta demasiado enormes para la comprensión corriente, y que por lo tanto se desechan o se olvidan, o se guardan para una epifanía suprema que (el lector espera) algún día vaya a requerirlos. Pero a veces estos nombres ayudan al lector a nombrar lo innombrable. “Quieres que él sepa lo que no puede decirse y que dé la respuesta perfecta en la misma lengua”, dice Tom Stoppard en *La invención del amor*. A veces el lector encuentra en una página esa respuesta perfecta.

El peligro, como bien sabían Alicia y su Caballero Blanco, es que, a veces, confundimos un nombre con nuestra forma de llamarlo, y una cosa con nuestra manera de llamarla. Los graciosos fantasmas de la página, con los cuales etiquetamos el mundo, no son el mundo. Quizá no haya nombres para describir la tortura de otro ser humano, el nacimiento de un hijo. Después de crear los ángeles de Proust o las golondrinas de Bécquer, el escritor puede decirle al lector “en tus manos encomiendo mi espíritu” y abandonar allí. ¿Pero cómo deberán guiar esos espíritus encomendados al lector para que éste encuentre su camino en la inefable realidad del bosque?

La lectura sistemática no sirve de mucho. El procedimiento de seguir una lista oficial (de clásicos, de historia de la literatura, de lecturas censuradas o aconsejadas, de catálogos de bibliotecas) puede proporcionar algún nombre útil, por casualidad, siempre y cuando tengamos en mente los motivos que impulsaron a la confección de la lista. La mejor guía, me parece, son los antojos del lector –confianza en el placer y fe en el azar–, que a veces nos conducen a un provvisorio estado de gracia y nos permiten, como en los cuentos de hadas, transformar el lino en oro.

Transformar el lino en oro: en el verano de 1935 el poeta Osip Mandelstam obtuvo de Stalin, supuestamente como un favor, un documento de identidad válido por tres meses, acompañado de un permiso de residencia. Según su esposa, Nadiezda Mandelstam, aquel papelito les volvió la vida mucho más fácil. Sucedió que un amigo de ellos, el actor y ensayista Vladimir Yájontov, fue por azar a la ciudad donde ellos vivían. En Moscú, Yájontov y Mandelstam se habían divertido leyendo en voz alta cartillas de racionamiento, en un esfuerzo por nombrar el paraíso perdido. Ahora se pusieron a hacer lo mismo con los documentos de identidad. Nadiezda describe la escena en *Contra toda esperanza*:

Hay que decir que el efecto era aún más deprimente. Con la cartilla de racionamiento lefan los cupones como solistas o a coro: "Leche, leche, lech... queso, carne..." Al leer el documento de identidad, Yájontov se las ingenaba para dar a su voz matices lugubres y amenazadores: "Emitido bajo las condiciones siguientes... Lugar de emisión... Fecha de emisión... Observaciones especiales... Se lo autoriza a residir... Se lo autoriza a residir... Se lo autoriza a residir...".

Como descubre Alicia en el mundo de nombradores locos del otro lado del espejo, todas las lecturas verdaderas son subversivas, van a contrapelo. Un Primer Ministro canadiense levanta las vías férreas y dice que eso es "progreso"; un hombre de negocios suizo trafica con bienes robados y lo llama "comercio"; un presidente argentino cobija asesinos y lo llama "amnistía". Contra tales desatinos un lector puede abrir sus libros. En casos como éstos, la lectura nos ayuda a mantener la coherencia en el caos. Y no para eliminarlo; no para encerrar la experiencia en estructuras verbales, sino para dejarla avanzar a su propia y vertiginosa manera; no para confiar en la reluciente superficie de las palabras, sino para hurgar en la oscuridad.

Parece que a la pobre mitología de nuestro tiempo le diera miedo ir más allá de la superficie. Desconfiamos de la profundidad, nos divierte la reflexión dilatoria. En nuestras pantallas grandes o pequeñas destellan imágenes del horror, pero no queremos que ningún comentario disminuya su velocidad: queremos mirar cómo le arrancan los ojos a Gloucester pero no estarnos sentados viendo todo el resto de *Lear*. Una noche, hace algún tiempo, yo estaba mirando la televisión en una habitación de hotel. Hacía *zapping*. Tal vez por casualidad, en cada imagen que la pantalla mostraba por unos segundos se veía asesinar o golpear a alguien, un rostro crispado por la angustia, el estallido de un coche o un edificio. De pronto noté que una de las imágenes que había hecho pasar no pertenecía a una serie sino a un informe periodístico sobre Bosnia. Entre otras imágenes que por acumulación diluían el horror de la violencia, yo había mirado impávido la muerte de una persona real por una bala verdadera.

George Steiner ha sugerido que el holocausto tradujo los horrores de los infiernos imaginados a una realidad de carne y huesos chamuscados; puede que esta traducción marque el comienzo de nuestra incapacidad para imaginar el dolor de otra persona. En la Edad Media, por ejemplo, los horribles tormentos de los mártires, representados en un sinfín de pinturas, nunca eran vistos como simples imágenes del horror: la teología que los cultivaba y definía (por dogmática y catequística que fuera) también los iluminaba, y el propósito de la representación era contribuir a que el observador reflexionara sobre el continuado sufrimiento del mundo. No necesariamente todos los observadores veían más allá de la mera morbosidad de la escena, pero la posibilidad de una reflexión más profunda siempre estaba presente. A fin de cuentas, un texto sólo puede ofrecer la alternativa de leer con mayor alcance o profundidad; al lector o al observador les cabe rechazarla dado que, en sí mismos, imagen y texto no son sino huellas en un papel, manchas en una madera o una tela.

Las imágenes que yo observé aquella noche eran, creo, pura superficie; como los textos pornográficos (los eslóganes políticos, el *American Psycho* de Bret Easton Ellis, la papilla publicitaria) no ofrecían nada sino aquello que podían aprehender los sentidos todo de una vez, fugazmente, sin espacio ni tiempo para la reflexión.

El bosque del espejo de Alicia no está hecho de imágenes como esas: es profundo y exige pensar aún si (mientras dura su paso) no ofrece un vocabulario para nombrar sus elementos apropiados. La verdadera experiencia y el arte verdadero (por incómodo que se haya vuelto el adjetivo) tienen esto en común: siempre son mayores que nuestra comprensión, incluso que nuestra capacidad de comprender. Este límite exterior siempre está un poco fuera de nuestro alcance, como describió una vez Alejandra Pizarnik:

Y si el alma pregunta ¿Cuánto más lejos?
se le responderá: del otro lado del río,
no éste, sino el que está más allá.

Para llegar hasta allí yo he tenido muchos y maravillosos guías. Algunos apabullantes, como Borges; otros más íntimos, como Cortázar o Cynthia Ozick; muchos, vastamente entretenidos, como Chesterton o Stevenson; unos pocos que iluminan más que lo que yo esperaría ver, como el poeta Richard Outram. La escritura de todos ellos no deja de cambiar en la biblioteca de mi memoria, donde todo tipo de circunstancias –la edad y la impaciencia, cielos diferentes y diferentes voces, nuevas y viejas lecturas— siguen moviendo los volúmenes, tachando pasajes, añadiendo notas en los márgenes, permutando solapas, inventando títulos. Me viene a la mente el moralista Joseph Joubert, cuyos hábitos de lectura fueron descritos por Chateaubriand: “Cuando leía, arrancaba de los libros las páginas que no le gustaban, y de este modo iba conformando una biblioteca personal hecha de volúmenes des-

tripados con cubiertas medio sueltas.” La actividad furtiva de esos bibliotecarios anárquicos expande mi limitada biblioteca casi hasta el infinito: ahora puedo releer un libro como si fuera otro que no he leído nunca. En Bush, su casa de Concord, el septuagenario Ralph Waldo Emerson empezó a padecer de lo que probablemente fuera mal de Alzheimer. Según su biógrafo Carlos Baker:

Bush se transformó en un palacio del olvido... [Pero] leer, decía, era todavía un “placer intacto”. El estudio de Bush se hizo cada vez más su lugar de retiro. Aferrado a la cómoda rutina de la soledad, leía en el estudio hasta el mediodía y por la tarde volvía a él hasta que llegaba la hora de su paseo. Paulatinamente perdió el recuerdo de lo que había escrito, y le encantó redescubrir sus propios ensayos: “Caramba, esto es realmente muy bueno”, le dijo a su hija.

Algo parecido al redescubrimiento de Emerson me pasa ahora cuando tomo *El hombre que fue jueves* o *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* y los saludo como Adán a su primera jirafa.

¿Esto es todo? A veces parece suficiente. En medio de la incertidumbre y de muchas clases de miedo, amenazados por la pérdida, el cambio y el constante dolor, interno y externo, para el que no se puede ofrecer consuelo, los lectores saben que al menos hay, aquí y allá, unos pocos lugares seguros, reales como el papel y vigorizantes como la tinta, que nos conceden albergue durante nuestro paso por el oscuro bosque sin nombres.

SER JUDÍO

—Bien, ahora que nos *hemos visto* el uno al otro —dijo el Unicornio—, si tú crees en mí yo creeré en ti.
—Trato hecho?

A través del espejo,
CAPÍTULO VII

Una tarde en Buenos Aires, cuando yo tenía siete años, volviendo en autobús del colegio inglés adonde había empezado a ir, un chico cuyo nombre nunca supe me gritó desde el asiento del fondo: “Eh, judío. ¿Así que a tu papá le gusta mucho la plata?” Recuerdo que la pregunta me dejó tan atónito que no supe qué contestar. No pensaba que a mi padre le gustara particularmente el dinero, pero en el tono del muchacho había implícito un insulto que no lograba entender. Sobre todo, me sorprendía que me llamaran “judío”. Mi abuela iba a la sinagoga, pero mis padres no eran religiosos, y nunca había pensado que fuera apropiada para mí una palabra que consideraba reservada a los mayores de la generación de mi abuela. No obstante, como los epítetos que se nos aplican entrañan una definición, en aquel momento (aunque entonces no lo supiera) me vi obligado elegir: podía aceptar esa identidad vasta y difícil o podía negarla. El filósofo francés Alain Finkielkraut, en *El judío imaginario* —una efectiva mezcla de ensayo sociológico y autobiografía—, relata un momento similar y reconoce la universalidad de esa experiencia; pero su reflexión no se refiere a la herencia del odio. “Por mi parte”, escribe Finkielkraut, “me gustaría ocuparme del caso opuesto y meditar sobre él: el caso del adolescente que no sólo está orgulloso sino feliz de ser judío y que, poco a poco, llega a preguntarse si no hay cierta mala fe en el hecho de vivir jubilosamente como excepción y exiliado”. A estos indiyi-

Ser judío

duos de identidad asumida, herederos de un sufrimiento al cual no fueron sometidos personalmente, Finkielkraut los llama, con talento para el *mot juste*, “judíos imaginarios”.

Me impresiona lo útil que resulta esta noción para abordar una cuestión que me inquieta: ¿de qué modo la percepción de quién soy afecta mi percepción del mundo que me rodea? ¿Qué importancia tiene para Alicia saber quién es (la niña victoriana que el mundo percibe) mientras vaga por el Bosque del espejo? Al parecer es mucha, ya que este conocimiento determina su relación con las criaturas con que se encuentra. Por ejemplo: habiendo olvidado quién es, Alicia puede hacerse amiga de un ciervo que ha olvidado que es un ciervo.

Anduvieron pues juntos por el bosque, Alicia rodeando afectuosamente con los brazos el cuello del Ciervo, hasta llegar a otro claro, y allí el Ciervo dio un súbito salto en el aire y se soltó de los brazos de Alicia.

—¡Soy un ciervo! —exclamó con voz de deleite—. Y ¡ay, caramba! ¡Tú eres una niña humana! Sus hermosos ojos castaños cobraron una repentina expresión de alarma, y al momento siguiente se había alejado a toda velocidad.

En torno a la noción de la identidad construida, Finkielkraut ha elaborado aplicadamente una serie de preguntas sobre qué significa ser judío (o, añadiría yo, ser Alicia o un ciervo), a las que, puesto que toda definición es una limitación, ha rehusado dar respuestas definitivas. Aspecto clave de los interrogantes de Finkielkraut es la afirmación aparentemente perogrullesca de que los judíos *existen*; de que, cualquiera que sea su identidad, individual o de grupo, tienen una presencia que ni la maquinaria nazi pudo borrar. Esta existencia no es fácil de llevar; no digamos ya de categorizar. “Escuche, doctor”, escribió Heinrich Heine, “¡del judaísmo ni me hable! No se lo desearía ni a mi peor enemigo. In-

jurias y vergüenza: a eso se reduce ser judío. No es una religión; es un infortunio". El grito "¿por qué a mí?" que profiere cada judío perseguido, el judío imaginario lo recoge con un suspiro de tedio. Valiéndose de sí mismo como ejemplo, Finkielkraut confiesa que, si por un lado él propaga su deseo de ser judío, por el otro se desjudaíza, transformándose en el Otro y haciéndose mensajero de sus compañeros gentiles: en esto me reconozco vívidamente. Cuando sus padres se refieren al holocausto, él responde con Vietnam; cuando ellos mencionan el antisemitismo, él señala que en Francia no hay recolectores de basura judíos. "¿Por qué a mí?" se ha transformado en "¿por qué no soy otro?"

En este bosque del espejo, el judío imaginario ha perdido todo sentido de pertenencia; para él no hay ninguna posibilidad de un "nosotros" judío. Las convenciones del prejuicio entienden este "nosotros" como una sociedad secreta de conjuras infames y dominio mundial; su respuesta ha sido negarle solidaridad. "No hay ningún 'nosotros'", declara, "porque el judaísmo es un asunto privado" –aunque hoy vuelva a reconocerse ampliamente como comunidad. ¿Pero por qué, pregunta agudamente Finkielkraut, la expresión colectiva "ha de ser siempre territorio exclusivo de los políticos? ¿Por qué todo lo que no sea 'Yo' debe necesariamente ser cosa del poder o del Estado?" ¿Por qué el judío no puede ser "Yo" sin tener, o bien que esconderse, o bien alegar que pertenece a los millones de muertos del pasado?

Éstas son aguas peligrosas. Tal vez lo que se pone en cuestión no es la necesidad de recordar la persecución ancestral, sino la ilusión de heroísmo que tan a menudo entraña este recuerdo. Quienes profesan desdén por los compañeros suyos que viven "en el olvido de la historia" olvidan a su vez que es en "el fantasma de la historia" donde se apoya su precaria identidad. En la vaporosa trama de ese pasado, un pasado que bendice a todos los judíos con una multitudinaria familia antiquísima y vasta, los judíos más jóvenes a veces sienten que sólo son espectadores. Cuando

miraba a mi abuela encender las velas del *Shabbath*, y decir las plegarias rituales mientras sus manos trazaban círculos opuestos sobre la luz azorada, yo no sentía ningún nexo con los antiguos bosques, niebla invernal y lenguas antiguas de donde había venido ella. Era mi abuela, pero su existencia empezaba y terminaba en mi presente; como rara vez hablaba de sus ancestros o del pueblo en donde había nacido, sus ritos breves y esporádicos tenían mucho menos predicamento en mi mitología personal que los paisajes de Grimm y de Alicia.

Si hay en el judaísmo un mandato central, argumenta Finkielkraut, no debería ser "una cuestión de identidad, sino de memoria; no se trata de imitar la persecución ni teatralizar el Holocausto, sino de honrar a sus víctimas" para que éste nunca se banalice, para que los judíos no se vean condenados a una muerte doble, por el asesinato y por el olvido. Incluso en este aspecto mi vínculo con el horror era vicario: que yo supiera, nosotros no habíamos perdido ningún parente cercano en los campos nazis; mis abuelos paternos y maternos habían emigrado mucho antes de la primera Guerra Mundial a una de las colonias establecidas por el barón Hirsch en el nordeste argentino, donde gauchos llamados Isaac o Abraham azuzaban al ganado en yiddish. Yo no supe nada del Holocausto hasta bien avanzada mi adolescencia, y sólo por haber leído a André Schwartz-Bart y a Ana Frank. ¿Entonces ese horror era parte también de mi historia? El epíteto insultante que me habían lanzado en el remoto autobús escolar, ¿me otorgaba la ciudadanía de ese pueblo antiguo, atribulado, argumentador, tenaz, sabio? ¿Era yo –soy yo– parte de ellos? ¿Soy judío? ¿Quién soy?

Esta última pregunta resuena en Alicia, niña humana, y en el ciervo, uno de los perseguidos; y, como yo, ellos se ven tentados de responderla con palabras que no han nacido de su propia identidad sino que han sido acuñadas por otros, por extraños que los observan y los señalan con el dedo. Todo grupo que es objeto de

prejuicio puede decir esto: somos el lenguaje en el cual nos expresamos, las imágenes en las cuales se nos reconoce, la historia que estamos condenados a recordar porque se nos ha negado un papel activo en el presente. Pero también somos el lenguaje con el cual impugnamos esas suposiciones, las imágenes con que invalidamos los estereotipos. Y también somos el tiempo en que vivimos, un tiempo del cual no podemos ausentarnos. Tenemos existencia propia y no queremos seguir siendo imaginarios.

MIENTRAS, EN OTRA PARTE DEL BOSQUE

La Séptima Casilla es un bosque; no obstante, encontrarás un Caballero que te mostrará el camino.

A través del espejo,
CAPÍTULO II

En los días en que yo era un ávido lector de historietas, la frase que más me entusiasmaba, porque prometía revelar algo ocurrido más allá de los segmentos obvios de la trama, era “Mientras, en otra parte del bosque...” – habitualmente estampada en mayúsculas en la esquina superior izquierda de la caja. Para mí (que, como cualquier lector devoto, deseaba un relato infinito), la frase prometía algo cercano a la infinitud: la posibilidad de saber qué había sucedido en otro ramal del camino, el ramal no tomado, el menos evidente, la senda misteriosa e igualmente importante que llevaba a otro lugar del bosque azaroso.

1 Trazando el mapa del bosque

La maldición estimula.
La bendición relaja.
WILLIAM BLAKE

A mediados del tercer siglo a.C. el poeta cirenaico Calímaco emprendió la labor de catalogar el medio millón de libros albergados en la célebre biblioteca de Alejandría. Era una tarea prodigiosa, no sólo por el número de libros para inspeccionar, desempolvar y situar en los estantes, sino porque entrañaba la concepción de un